

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesis de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 10 Número 1 (Junio 2022)

Maya Caravella Castillo
"Renacer"

Para citar el artículo

Caravella Castillo, Maya. "Renacer" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 10.1 (2022):

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Renacer

No tenía ningún motivo para estar allí.

A mi espalda, el griterío de alegría desinhibida se mezclaba en una coctelera explosiva. Se aderezaba con unos centilitros de tequila, música atronadora y luces parpadeantes, que bailaban al compás de cientos de carcajadas que estallaban como las botellas de champagne. En aquel momento, el corazón embravecido de aquel garito a las orillas del mar expandía sus latidos de saltos acompasados y bajos ensordecedores a través de los titánicos altavoces que amurallaban el evento, y funcionaban como una potentísima dinamo que alimentaba de energía a toda la ciudad. La electricidad se ramificaba en todas direcciones y sin embargo, para mis pies descalzos enterrados en la arena fría, no era más que un calambre.

Hasta hacía escasos minutos yo también estaba allí. Había brindado por la juventud, la amistad, la eternidad y el amor. Había drenado las frustraciones bailando, y había detonado en carcajadas extasiadas que apuntaban al cosmos. Había abrazado, había besado. Y había caído hipnotizada por el disco que un DJ desfasado pinchaba con excelsa maestría. Giro tras giro, miente se había visto atrapada en una espiral, archivando cada vuelta y proyectándola en mi visión del mundo.

Lo cierto es que no sé cómo llegué a la orilla.

Ebria y torpe, los tacones habían caído en combate. Los abandoné en tierra de nadie cuando mis pasos me trasladaron a la playa plateada bajo la luz de la Luna. Brillaba oronda ante mí. Veterana en el vivir, la emperatriz de la noche puso calma a mi corazón embravecido. Ahora, latía al ritmo del suave vaivén de las olas que rompía sobre mis dedos.

Haciendo esfuerzos por no caer ante el tambaleo, me imaginé atrapándola. Cuando me quise dar cuenta el agua me llegaba hasta la cintura. Con el eco del frenesí ensordeciendo aun mis oídos, acepté la ofrenda curativa del mar y me sumergí. Llegaron el silencio y la paz que ni siquiera sabía que necesitaba. Me quedé quieta, aprovechando los segundos de pausa que me concedían mis pulmones, y alargué aquel estado de gloria con un suave movimiento de brazos que me previno de flotar. Submarina, me imaginé ingrávida y libre.

Disfruté de aquello hasta que la presión en mi pecho se hizo insoportable y entonces, cuando alcancé de nuevo la superficie rogando a la vida con una fortísima bocanada de aire, me sentí más despierta que nunca. Después, simplemente nadé. Sacrificando la fuerza de mis brazos y piernas al horizonte, respondí a la llamada de la corriente, que tiraba de mí con el mismo deseo y necesidad de mi estómago. Me urgía a llegar al lugar al que debía llegar. Y que desconocía por completo. Comencé una carrera contra mí misma, luchando por alcanzar la meta: allá donde la luna se miraba al espejo, estaba mi destino.

Impulsándome para saltar las olas que comenzaban a despertar, luché por abrirme paso hacia ella. Llegué desfallecida, relamiendo la victoria salada que se colaba en mi boca entre los jadeos intermitentes. Sabiéndome ganadora, concedí a mi cuerpo el tiempo muerto que reclamaba y, una vez más, me dejé llevar. Me tumbé boca arriba sobre aquel colchón nacarado iluminado por el reflejo redondo de la luna. Me enfocaba como protagonista, y mantuve la vista clavada en el cielo nocturno. Aquella noche lucía el traje de luces más ostentoso y brillante que había visto jamás, y había sido elegida para ser su testigo. Me sentí diminuta, embargada por la inmensidad de la que se podía distinguir la curvatura de la tierra. Tomé aire intentando recuperar el aliento, lo solté, y simplemente cerré los ojos para abrir por completo la mente.

Hasta el momento, no me había parado a pensar en la templanza del agua. Resultaba tan acogedora como un «te quiero», como el cálido abrazo de una madre. Al recordar su ternura escuché su voz, susurrándome. Su calor llenó mi pecho, y sonreí: «mamá, qué ganas de verte».

Entonces, me sumergí. Me dejé absorber por la luna replicada en el agua y esperé. Con paciencia, dejé que el agotamiento llevase las riendas: abandoné el movimiento de brazos y piernas, y pegando las rodillas a mi pecho me acurruqué. No sentí miedo. Cubierta por agua en todas direcciones, engullida por la oscuridad y expuesta a los peligros del océano, nunca me había sentido más segura. Fuera, ella cuidaba de mí; y me enseñó lo que era el amor. De aquel mar de oscuridad hice mi hogar. Crecí, reconfortada y acogida. Me hice mayor acompañada por los susurros de la luna que me daba lecciones, me tarareaba nanas y contaba cuentos. Me alimentaba con su cariño incondicional. Nos transformamos en dos entidades que existíamos como una. Un equipo perfecto. Una sublime unión.

La luz interrumpió la eternidad. Apreté los ojos en un intento de repeler aquel fogonazo de claridad tan perturbador y que, de la nada, me hizo caer en la cuenta de lo incómoda que estaba. Apretada en aquel espacio tan repentinamente disminuido intenté volver a buscar la posición. Sin éxito, y algo molesta, lancé una patada que en seguida lamenté. Ella se estremeció. Cambié de postura innumerables veces. Tan solo quería volver a estar cómoda. Frustrada y resignada, acabé cerrando los ojos de nuevo. Por suerte aún hacía calor. Todo estaba bien.

Hasta que dejó de estarlo.

Antes de que pudiese reaccionar, mi mar se drenó. La burbuja que había convertido en refugio estalló por completo y, entonces, un extraño túnel bajo mi cabeza se abrió. Una luz blanca lo coronaba y por ella se colaban las voces del más allá. Me animaban con entusiasmo a seguir adelante. Me rebelé. Me negué en rotundo a abandonar mi santuario, a decir adiós a al abrigo del silencio, al amor. No estaba dispuesta a adentrarme en lo desconocido y maldije a aquellos que habían frustrado mi océano. Querían apartarme de mi luna.

Después noté cómo el túnel se ensanchaba, y un grito que me heló la sangre le sucedió. El pánico estranguló mis cuerdas vocales y con una angustiosa presión en el pecho avancé. De nuevo, otro grito. Y cuando volví a empujar para abrirme paso, un tercero le siguió. Estaba sufriendo. Sus alaridos de dolor se me clavaron en la cabeza y quedaron presos en el eco que reverberaba por todo mi cuerpo. Mi corazón se hizo pedazos. La urgencia por ayudarla me volvió valiente. Un nuevo impulso. Empujé, empujé con todas mis fuerzas hasta ensanchar el canal que conducía a la luz. Cada vez estaba más cerca. «Ya queda poco. A la de tres empuja. Una, dos, ¡ahora!» Las voces gritaban y yo obedecí. Quería ir con ella, alcanzar el soplo de vida que creía que me estaban arrebatando. Luché durante segundos elásticos, se dilataron en horas, y cuando mi cuerpo deshidratado y exhausto entregaba su último aliento, unas manos clementes me recibieron atravesando el umbral.

Cuando volví a abrir los ojos me rodeaba una habitación de paredes blancas. Me

revolví, sintiéndome observada. Estaba desnuda ante aquellas miradas imprudentes que me miraban fijamente mientras sonreían. En ese momento, unas manos gélidas me rozaron la frente y un violento escalofrío me sacudió, arrastrándome a la realidad.

Mi luna. Dónde estaba mi luna.

Incapaz de respirar, busqué a mi alrededor, engullida por la ansiedad y, por encima de todo, la soledad. Desprotegida, me sostenían unas manos que no reconocía. Frías e incómodas, no prometían amor.

Quise buscarla, pero el esfuerzo de la carrera había aniquilado cualquier control sobre mis brazos y piernas, y en aquella sequía no sabía moverme. Ínfima, quedé relegada a marioneta, completamente a expensas de lo que aquel banquete de extraños quisiera hacer de mí.

Pero entonces la vi. Jadeando, con el pelo húmedo sobre la cara y agotada al igual que yo. La vi llorando, y sin embargo, feliz. Víctima de su magia volví a caer bajo su hechizo y el calor volvió a mí. Se extendió desde las puntas de los dedos de los pies. Hasta alcanzar mis manos, regó todo mi cuerpo e inundó mi corazón, que estalló de júbilo al verla a salvo. Y conmigo. Me cogió entre sus brazos, me ofreció su hogar. <<Bienvenida>>, susurró.

Yo, por primera vez, rompí a llorar.

Perfil de la autora

Graduada en estudios ingleses. Escritora.

Contact0: < macarave@ucm.es >